
UNIVERSIDAD PÚBLICA Y DESARROLLO

El camino latinoamericano a la sociedad del conocimiento



Notas sobre los planteamientos de Rodrigo Arocena, Rector de la Universidad de la República del Uruguay



UNIVERSIDAD PÚBLICA Y DESARROLLO: EL CAMINO LATINOAMERICANO HACIA LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

Notas sobre el pensamiento de Rodrigo Arocena,
Rector de la Universidad de la República de Uruguay

Víctor Orellana Calderón
Universidad de Chile
Octubre de 2011

Rodrigo Arocena -Rector de la Universidad de la República de Uruguay y destacado académico latinoamericano- dictó en la Universidad de Chile a mediados de julio de 2011 la conferencia Desafíos de las Universidades Públicas en América Latina, en el marco del Seminario Permanente “La educación pública se piensa en la Chile” (www.uchile.cl/seminario-educacion), espacio institucional que promueve una discusión informada sobre los problemas y desafíos de la educación pública. Además de su conferencia, el Rector Arocena sostuvo una conversación más profunda con un grupo de académicos, senadores universitarios y dirigentes estudiantiles. Este documento resume y comenta algunos de los principales planteamientos desarrollados por Arocena en su visita a nuestro país. Para profundizar en las ideas aquí expuestas, consultar el texto de su conferencia y su libro *La Universidad Latinoamericana del Futuro*, ambos disponibles en www.uchile.cl/seminario-educacion.

El planteamiento central de Arocena se orienta a concebir la universidad pública en América Latina como la palanca fundamental con que cuentan nuestros países para acceder a la llamada sociedad del conocimiento y alcanzar un desarrollo integral. Su óptica para abordar dicho horizonte tiene la distintiva característica de estar articulada por diferentes disciplinas. De formación inicial en matemáticas, posteriormente abraza el estudio de las ciencias sociales, en especial de las ciencias políticas, bregando por una mayor integración de las distintas disciplinas y campos del saber en el espacio universitario. En este sentido, se afirma tanto en la tradición de las ciencias

exactas como de las ciencias sociales, en particular, en el pensamiento dependentista, que estructurara la discusión sobre el subdesarrollo en América Latina desde la segunda mitad del siglo XX.

La síntesis de ambos mundos le permite producir un planteamiento que visto desde Chile hoy, sin duda constituye un abordaje novedoso al problema del desarrollo bajo la égida de la información y el conocimiento, y el papel de la universidad pública en tal horizonte. Como se sabe, el estilo de desarrollo imperante en Chile ha dejado gran espacio a la iniciativa privada; la incipiente discusión sobre ciencia aplicada, investigación e innovación tecnológica, no ha estado centralmente dirigida a fortalecer y potenciar las universidades públicas -que son las que efectúan el grueso de tales labores- sino a construir una compleja red de actores públicos y privados a través de estímulos financieros del Estado y exenciones tributarias a empresas.

De ahí que habitualmente la discusión sobre ciencia, investigación y desarrollo (en general sobre la modernización de nuestro país y su camino a la sociedad del conocimiento) haya corrido por un carril distinto -si es que no contrapuesto- al debate sobre universidad pública. De un lado, la discusión sobre el rol público de la educación superior está referida esencialmente a su contribución con la movilidad social y, por tanto, al apoyo que debiese brindar el Estado a los estudiantes talentosos de escasos recursos. La centralidad de las universidades públicas, en ese plano, aparece como un elemento extemporáneo en un escenario donde la calidad asoma como el principal criterio diferenciador entre las instituciones. En la medida que se releva la educación superior por su retorno económico privado, tanto el aseguramiento de la calidad de las instituciones como el apoyo del Estado a los estudiantes más vulnerables sintetizan su función pública. Por otra parte, los todavía escasos planteamientos sobre la modernización de la estructura económica o el desarrollo científico del país no han derivado en una institucionalidad fuerte y a la altura del desafío que enfrentamos. La acción del Estado se piensa como un apoyo a la iniciativa o proyectos específicos de otros actores, lo que dificulta

la elaboración de una política fuerte y de largo plazo, capaz de articular eficazmente esfuerzos hasta ahora disímiles y dispersos tanto espacial como temporal y temáticamente.

En dicho contexto, los planteamientos de Arocena permiten tender puentes entre ambas esferas, porque proyectan el rol de la universidad pública como un aspecto clave en la modernización de nuestros países. Universidad pública es entonces futuro, no pasado.

Situar como centro el problema del desarrollo obliga, antes de analizar su relación con la universidad pública, a definirlo. Arocena recoge para esto el legado de Amartya Sen y el concepto de desarrollo integral, que lo concibe como un proceso social de múltiples planos, difícil de ser reducido a un simple cálculo del ingreso per cápita o, más en general, a cualquier indicador exclusivamente económico. En tal dimensión -habitualmente constreñida en la discusión a algunos indicadores macro-, Arocena introduce el problema del conocimiento aplicado en la estructura productiva. Pero tal vez más importante, destaca las dimensiones sociales y culturales que permiten concebir el desarrollo como un proceso integral.

El dilema del desarrollo hoy, señala Arocena -siguiendo la reflexión de las ciencias sociales a nivel internacional- se da en un momento histórico en que el conocimiento adquiere un rol central en los procesos de producción del valor, en los procesos sociales, en las diferentes relaciones humanas. Concebir el desarrollo en la actualidad es pensar en cómo nuestras sociedades latinoamericanas, insertas en un contexto de dependencia económica, pueden alcanzar la llamada sociedad del conocimiento. La tradicional distinción entre países centrales y periféricos Arocena hoy la observa entre aquellos que han sabido conformar verdaderas sociedades de aprendizaje -las naciones desarrolladas con una fecunda relación entre investigación, ciencia, universalización del acceso a la educación y modernización productiva- y quienes no han accedido aún a tal condición.

El desafío que el siglo XX latinoamericano vislumbró en la industrialización y el uso productivo de nuestros recursos naturales, hoy se desplaza al problema de los procesos de aprendizaje y la producción y uso del conocimiento y la tecnología. Es en esa dimensión donde la Universidad Latinoamericana asoma como la única institución capaz de producir, articular y coordinar las distintas iniciativas para enfrentar tamaño desafío.

LA IMPORTANCIA DEL SECTOR PÚBLICO EN EL SURGIMIENTO DE LAS UNIVERSIDADES DE INVESTIGACIÓN

Relativizando la divulgada imagen en nuestro país que releva el papel del mercado como principal motor del desarrollo y difusión del conocimiento, Arocena señala que una mirada rápida a los países que han sido exitosos en la conformación de una sociedad de aprendizaje deja clara la importancia del sector público. La investigación básica y aplicada más avanzada, y que ha servido como cimiento para el complejo institucional de producción, creación y distribución del conocimiento, ha surgido desde universidades complejas con un fuerte apoyo estatal, el que además de garantizar el financiamiento de sus actividades principales, permite la construcción de redes de colaboración y articulación que son capaces de asumir desafíos de alta dificultad y de largo plazo. El surgimiento de la idea de "Universidad de Investigación" Arocena lo encuentra en Alemania, tras el ideal humboldtiano que buscaba justamente sintetizar en un mismo espacio las labores de docencia, investigación y extensión. En la génesis y posterior evolución de aquella Universidad germana del siglo XIX, el Estado jugaría un papel central impulsando y orientando sus distintos procesos.

Como lo han planteado otros pensadores latinoamericanos, las iniciativas económicas de alta complejidad, y que dan frutos en el largo plazo, no son las priorizadas por la inversión privada en nuestros países. El Estado debió en el siglo XIX y XX hacerse

responsable no sólo de la provisión de los servicios públicos fundamentales asociados al mundo moderno, sino también de la creación de la industria y otras esferas clave del desarrollo, como las universidades y la difusión de la cultura secular. Así, la vieja noción de una Universidad vinculada al desarrollo -como señala el propio sentido fundante de la Universidad de Chile- se actualiza hoy en el compromiso público por alcanzar los estándares de vida de la sociedad del conocimiento, ampliando, democratizando y enriqueciendo nuestros procesos de aprendizaje.

Arocena señala que la demanda solvente (es decir, provista de capacidad de compra) por conocimiento en

EL COGOBIERNO COMO FUERZA VIVIFICANTE DE LA UNIVERSIDAD PÚBLICA

Según Arocena, en la tradición de la Universidad Pública latinoamericana ha sido fundamental el papel desempeñado por los estudiantes. Desde el movimiento en la Universidad de Córdoba en 1918 hasta el actual proceso de movilización de los universitarios chilenos, los estudiantes han luchado por una relación más fecunda entre universidad y sociedad, donde aquella esté al servicio del interés público, y no se limite únicamente a reproducir una élite. La expresión institucional de la fuerza que ha proferido el movimiento estudiantil -y en general la comunidad universitaria- al desarrollo de la misma Universidad, es el cogobierno: implica la participación democrática de los tres estamentos (académicos, estudiantes y funcionarios) en su gobierno y gestión. Arocena plantea tal gobierno universitario como un vínculo necesario con el resto de la sociedad. Es la forma en que las fuerzas sociales progresivas son capaces de imprimir dinamismo en las instituciones, impidiendo que éstas queden presas de la presión corporativa o de visiones estancadas y aisladas sobre su cometido. El cogobierno sería entonces un remedio contra el corporativismo excesivo de una autonomía concebida como aislamiento. Y sin ser perfecto, estaría alineado con la tradición universitaria de nuestro continente.

América Latina es débil: las principales acumulaciones de capital no se derivan de la economía más científica o tecnológicamente intensiva -producto de nuestra dependencia económica-, sino de la extracción de recursos naturales y más recientemente de servicios comerciales y financieros. Por lo mismo, es difícil pensar que el mercado, o de modo más general el sector privado, sean capaces de construir los cimientos y la masa crítica necesaria para un uso intensivo, tanto social como económico, de los procesos de aprendizaje. En este sentido Arocena apunta que, a pesar de que la demanda solvente de conocimiento es exigua, la demanda no solvente es amplia: la desigualdad, la exclusión social y nuestro rezago productivo constituyen una demanda fundamental por conocimiento y tecnología. La necesidad de construir una capacidad de producción de conocimiento e innovación propias, resulta una tarea de tal complejidad que sólo una institución como la universidad pública latinoamericana puede enfrentar en nuestro contexto. De modo más general, habría que avanzar en la expansión de la educación primaria, secundaria y terciaria, considerando también a esta última como un derecho universal.

En la historia continental la Universidad Latinoamericana ha sido resultante del esfuerzo de distintas capas sociales por construir una capacidad de producción y difusión propias de conocimiento. No existen otras instituciones que sintetizen más eficazmente todas las partes integrantes que se requieren para tal desafío. Lo que en el fondo sugiere Arocena es que recién hoy, su compromiso fundante con el desarrollo de nuestros países adquiere un sentido más sustantivo, en la medida que el conocimiento se torna central en todos los procesos sociales.

Visto desde Chile, tal planteamiento debiese llamar a la reflexión. El rol y compromiso público de las universidades -y de todo el sistema educacional que reproduce y amplía la creatividad social- sobrepasa el problema de la "igualdad de oportunidades". No sólo ayuda a distribuir más equitativamente a los individuos en una determinada estructura de oportunidades, sino que puede ser un factor fundamental en

cambiar las condiciones de aquella estructura. Así, más que potenciar la capacidad individual de desplazarse hacia arriba en una distribución injusta de la riqueza –expresiva de economías dependientes y subdesarrolladas- el complejo de las universidades públicas latinoamericanas debiese tener la misión y contar con los medios necesarios para contribuir a modernizar nuestra estructura productiva y nuestros servicios públicos, producir una cultura común integradora (a través de una creciente escolarización de la población en todos los niveles) y fortalecer la investigación básica y aplicada en relación con nuestra estructura productiva. En definitiva, más que a recordar su pasado, Rodrigo Arocena invita a proyectarse al futuro de la universidad pública latinoamericana.

